

Entre amores cobardes y cepillos de dientes que buscan lugar

Yanina Torres

Con Gustavo exploramos, hace mucho tiempo, el dilema del cepillo de dientes. Ayer lo volví a recordar, con un poco de nostalgia, aunque desde la certeza de que ya no soy la misma. Y que, por ende, ese cepillo de dientes que nunca encontró su lugar está listo para conquistarlo sin miedo. O no, pero sin culpa.

El dilema nos hacía reflexionar sobre lo siguiente: ¿qué significa “instalar” un cepillo de dientes en el baño del otro?, ¿quién es la primera persona que lo hace?, ¿quién elige hacerlo: quien instala o quien se deja instalar?, ¿y si no hay un “primero” y un “segundo”?, ¿y si instalarse es un acto mutuo, entre cuerpos que deciden habitar(se)?, ¿es posible instalar el cepillo de dientes sin que sea un símbolo de posesión, de invasión del territorio ajeno?, y si es posible, ¿cuándo se habilita esa posibilidad? En definitiva, cuando hay cepillo de dientes, ¿hay amor?

¿Y qué pasa cuando se quiso instalar el cepillo de dientes, pero no se pudo? A esta última pregunta la responde Silvio Rodríguez, en “Óleo de una mujer con sombrero”:

La cobardía es asunto

De los hombres, no de los amantes

Los amores cobardes no llegan a amores

Ni a historias, se quedan allí...

Los amores cobardes no llegan ni siquiera a comprar el cepillo de dientes. Se quedan allí, en una potencia confortable que decide no avanzar para no arriesgar. Y quedarse en el “qué pudo haber sido” a partir de la idealización que salva el amor de morir de cotidianidad. Y si bien esa salvación puede parecer heroica, en realidad es una rendición deshonrosa: aquella que, por no jugarse la vida, agita la bandera blanca del olvido.

Cobardes hemos sido, en algún momento. Si no, no habría tantas canciones de desamor. El problema es que no sabemos cuán caro estamos pagando el precio de esa cobardía hasta mucho tiempo después, cuando la posibilidad de instalar el cepillo de dientes se ha esfumado. Y ahí está el dolor de lo que pudo haber sido, pero ya no será.

Entonces el cepillo de dientes se convierte, no en el símbolo del deseo de permanencia que es propia del amor, sino en promesa no consumada. En renuncia, sutil renuncia que se ejerce cuando se teme ser, en palabras de Cixous, poseída, es decir, desposeída de sí misma. Sin embargo, el dilema no es entre dejar instalar el cepillo de dientes y, por ende, ser desposeída de sí misma, o aceptar la posibilidad de que nunca haya un cepillo de dientes y seguir poseyéndose a sí misma, sino en “amar en calidad de otro” como dice Cixous.

Se ama a otro sin que signifique sumisión, sino encuentro. Y el cepillo de dientes es ese encuentro que se anima a pensar un futuro posible a partir de la confianza que se transforma en extensión, como dice Cixous: dos cepillos de dientes construyen un mejor futuro que uno. Es decir: dos cepillos de dientes no son símbolo de entrega total, sino de una alianza entre dos libertades que, al encontrarse, deciden no replegarse.

Con Gustavo nos terminamos alejando tiempo después. La vida tenía otros planes para nosotros, nos dijimos a modo de justificación. Pero lo que subyacía en ese argumento era la posibilidad, inhabitada, de que pudimos haber instalado el cepillo de dientes. Pero triunfó la cobardía. La que tiene una excusa. La que se esconde en argumentos. La que no da un paso por miedo a perderse.

Hoy, a muchos años de esa separación, comprendo que el cepillo de dientes no es solamente un objeto que busca su lugar, sino un cuerpo que elige quedarse a pesar de los miedos, de los obstáculos y de los planes frustrados. Elige quedarse para encontrarse en el amor y deja de temer no ser suficiente. Es esa voz que irrumpe como un trueno en el medio del silencio y dice: “acá estoy yo. Y traje mi cepillo de dientes.”

Referencias

Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa*. Anthropos.

